

El tiempo del juego con Dios. Bases fenomenológicas y pedagógicas de la catequesis de la infancia

Silvia Martínez Cano¹

Resumen

La catequesis de la infancia ha tenido como objetivo facilitar un crecimiento integral y equilibrado de la experiencia cristiana en la persona que avanza hacia su madurez, donde la dimensión trascendente está inserta en otros procesos de descubrimiento y aprendizaje de la vida. La diversidad ambiental que hoy vivimos hace que los procesos actuales no sean tan homogéneos y que dediquemos tiempo a profundizar en la espiritualidad de la infancia. Así, la catequética actual concibe la catequesis de la infancia como un proceso que no termina con la recepción de los sacramentos de iniciación, sino se abre al acompañamiento progresivo en el descubrimiento de la vida espiritual en un marco más amplio de comprensión del catecumenado. Esta vida espiritual responde a rasgos propios en la crianza y en la primera y segunda infancia. Nos aproximaremos a la espiritualidad de la infancia, para comprender mejor como el niño o la niña se acerca y vive en su interior el encuentro con Dios, para preguntarnos, después, sobre el abordaje y acompañamiento de esta religiosidad, al tiempo que señalaremos aquellos elementos antropológicos y pedagógicos que favorecen un descubrimiento de Dios a través de Jesucristo en la infancia.

Palabras clave

catequesis de la infancia, espiritualidad infantil, fenomenología de la infancia, desarrollo evolutivo, pedagogía catequética.

1 Doctora en Educación por la Universidad Complutense de Madrid (UCM), Licenciada en Teología Fundamental por la Universidad de Deusto y Máster en Artes visuales y Educación por la Universidad de Barcelona. Es artista multidisciplinar desde clave feminista y religiosa, www.silviamartinezcano.es. Es profesora en la UCM y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas “San Pío X” de Madrid (UPSA). ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6845-1209>

1. Introducción

La tradición de la Iglesia católica en lo referente a la transmisión de la fe nos ha ofrecido la posibilidad de acompañar a la infancia en el camino de la iniciación a la fe a partir de los sacramentos de iniciación. En la catequesis de los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía ha sido la oportunidad que hemos encontrado para acompañar a los niños y niñas en el descubrimiento y conocimiento de Jesucristo. Con ello se pretendía continuar el proceso mistagógico del Bautismo, para que las personas en la etapa de la infancia se familiarizaran con el Evangelio y pudieran ir acogiendo su mensaje de una manera natural. Por ello, la catequesis de la infancia ha tenido como objetivo facilitar un crecimiento integral y equilibrado de la experiencia cristiana en la persona que avanza hacia su madurez, donde la dimensión trascendente está inserta en otros procesos de descubrimiento y aprendizaje de la vida. Dado que existe una regularidad en el desarrollo infantil y en sus ciclos vitales², en los que el infante va elaborando su identidad personal y comunitaria, abriéndose al mundo, la catequesis de la infancia se ha desarrollado a lo largo de la historia de la Iglesia como un proceso regular, progresivo y que va aumentando en su complejidad.

En la actualidad, la diversidad ambiental (sociológica, familiar, escolar, etc.) hace que los procesos no sean tan homogéneos, por lo que varían los periodos y las edades en que se producen cambios madurativos. Pese a esta flexibilidad procesual, los pasos y los saltos madurativos permanecen en el mismo orden en el desarrollo de la infancia. La catequética actual, además, concibe la catequesis de la infancia como un proceso que no termina con la recepción de los sacramentos de iniciación, sino que sigue abierto a la adolescencia y juventud. La Iglesia española desea que “se extienda, cada vez más, el criterio de que la catequesis de infancia no se propone prevalentemente como meta la mera iniciación de los niños en la vida sacramental, sino el promover en ellos un *itinerario personal* de vida

2 Véase, por ejemplo: J. Piaget – B. Inhelder, *Psicología del niño*, Morata, Madrid 1982; J. Piaget, *La representación del mundo en el niño*, Morata, Madrid 2001 [1973]; H. Wallon, *La evolución psicológica del niño*, Crítica, Barcelona 1984; D. W. Winnicott, *El proceso de maduración en el niño*, Laia, Barcelona 1975.

cristiana, dentro del cual se insertan los sacramentos como *momentos fuertes* del crecimiento en la fe. Es decir, los sacramentos que el bautizado recibe en la etapa de su niñez no deben ser considerados como metas aisladas o conclusivas del itinerario catequético propio de este período vital, sino como momentos fuertes de expresión de la maduración cristiana que, poco a poco, se va alcanzando” (CC 246).

Por ello, la catequesis de la infancia se interesa por el acompañamiento progresivo en el descubrimiento de la vida espiritual de los niños y niñas en un marco más amplio de comprensión del catecumenado. Esta vida espiritual responde a rasgos propios, distintos a los de la espiritualidad de los adultos que deben tenerse en cuenta a la hora de acompañar a los niños y niñas en su maduración de la fe. En este texto pretendemos desarrollar una síntesis del abordaje actual de la catequesis de la infancia desde la perspectiva de nuevos conocimientos y enfoques sobre la infancia que aportan otras ciencias como la psicología, la pedagogía, la fenomenología y la antropología. Primero realizaremos un acercamiento fenomenológico a la espiritualidad de la infancia, para comprender mejor como el niño o la niña se acerca y vive en su interior el encuentro con el Misterio. Después nos preguntaremos cómo abordar esta religiosidad, teniendo en cuenta el desarrollo evolutivo de la infancia y señalaremos aquellos elementos antropológicos y pedagógicos que favorecen un descubrimiento de Dios a través de Jesucristo más adecuado para la infancia. Por último, nos detendremos en la pedagogía catequética específica de la infancia y sus metodologías y nos preguntaremos cuáles son las claves que configuran una catequesis de iniciación adecuada para la época de la pluralidad.

2. La espiritualidad de la infancia

La afirmación de que la infancia tiene vivencias espirituales es una noción que ha sido debatida con frecuencia a lo largo de la historia. La mirada de los adultos ha determinado ordinariamente la manera de comprender esta experiencia, y con ello, la forma de desarrollar una catequesis que responda a las necesidades espirituales de los niños y niñas. Para profundizar en la relación entre espiritualidad de la infancia y abordaje de dicha experiencia describiremos su-

cintamente dos ideas erróneas que los adultos defienden frecuentemente: la supuesta inmadurez de la espiritualidad infantil y las, en principio, inadecuadas capacidades y estrategias infantiles para acoger la experiencia.

2.1. Espiritualidad y religiosidad

La primera idea errónea es pensar que la capacidad de trascendencia (en términos fenomenológicos) o la espiritualidad (en términos psicológicos y pedagógicos) está vinculada solo a la religiosidad adulta, por lo que la espiritualidad infantil es incompleta o inmadura y la religiosidad cristiana debe ser explicada, aprendida y reconducida hacia los conceptos y las prácticas espirituales y religiosas adultas. Para reflexionar sobre esta afirmación es preciso aclarar lo que entendemos por espiritualidad y religiosidad. El término espiritualidad, aquí, hace referencia a la capacidad de trascendencia que posee el ser humano como rasgo ontológico.

En las últimas décadas la teoría de las Inteligencias Múltiples (IM) de Howard Gardner (1983)³ ha servido como marco de comprensión de las formas de aprender del ser humano, atendiendo a la diversidad y plasticidad cerebral del ser humano rechazando la idea de que la inteligencia solo se desarrolla a través de los procesos lógico-matemáticos y lingüísticos. Gardner que en un principio distinguió entre nueve inteligencias, entre las que se encontraba la espiritual, rápidamente cuestionó esta inteligencia y redujo su teoría a ocho inteligencias⁴. Otros autores defendieron esta inteligencia

3 Véase H. Gardner, *Estructuras de la mente. La teoría de las inteligencias múltiples*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 1987 [1983] o H. Gardner, *Inteligencias múltiples. La teoría en la práctica*, Paidós, Barcelona 1995. La teoría de Gardner propone que todos poseemos una mezcla de ocho inteligencias distintas, que incluyen la lingüística, la lógico-matemática, la espacial, la musical, la corporal-cinestésica, la naturalista, la interpersonal y la intrapersonal.

4 H. Gardner, "A case against spiritual intelligence", *International Journal for the Psychology of Religion*, 10/1 (2000) 27-34.

como parte fundamental del desarrollo humano⁵, y señalaban que es una parte desatendida del ámbito cognitivo en el desarrollo de la infancia. La espiritualidad está estrechamente relacionada con la satisfacción de una necesidad profunda del ser humano: sentir que todo tiene un significado, un propósito. Es la inteligencia que integra, completa y otorga integridad a la vida. Nos lleva a plantearnos preguntas fundamentales y existenciales, y a superar los límites a los que estábamos acostumbrados⁶. Por eso, según Danah Zohar e Ian Marshall, tiene una función transformadora: permite a las personas ser creativas, experimentar compasión, ser humildes, tener conciencia de uno mismo, traspasar los límites y cambiar las reglas, así como modificar las situaciones y transformación de las circunstancias, comprometiéndose con la realidad⁷.

Los niños viven todas estas experiencias de una forma natural en su vida diaria, sin hacer esfuerzo. El saber, el “para qué” está integrado en la experiencia, en el juego, en sus inquietudes. Robert Coles observó que todos los aspectos de su vida mental, emocional y moral están relacionados con su pensamiento espiritual, pues proviene de un sentido innato de curiosidad y fascinación por el mundo⁸. Con ello comienzan a formular teorías sobre el sentido de la vida entre

5 Véase por ejemplo K. Noble, *Riding the Windhorse: Spiritual Intelligence and the Growth of the Self*, Hampton Press, Cresskill, NJ. 2001; D. Sisk – E. P. Torrance, *Spiritual Intelligence: Developing a Higher Consciousness*, Creative Education Foundation, New York 2001; D. Zohar – I. Marshall, *SQ – Spiritual Intelligence: The Ultimate Intelligence*, Bloomsbury, London 2000; K. Egan, *Spirituality, Education, and the Moral Life*, AERA Conference, Seattle, WA 10-14 de abril de 2001; T. Hart, *The Secret Spiritual World of the Child*, Harper Collins, Londres 1998; D. V. Lovecky, “Spiritual sensitivity in gifted children”, *Roepers Review*, 20/3 (1998) 178–183; R. Coles, *The Spiritual Life of Children*, Houghton Mifflin Cie, Boston 1990.

6 Zohar y Marshall afirman que los indicadores de una alta Inteligencia Espiritual incluyen: la capacidad de ser flexible; un alto grado de autoconciencia; la capacidad de afrontar y utilizar el sufrimiento; la capacidad de afrontar y trascender el dolor; la cualidad de estar inspirado por la visión y los valores; la reticencia a causar daños innecesarios; la tendencia a ver las conexiones entre cosas diversas; una marcada tendencia a preguntarse “¿Por qué?” o “¿Y si...?” y a buscar respuestas “fundamentales”; por último, ser “independiente”, es decir, tener facilidad para trabajar en contra de lo convencional. Véase Zohar – Marshall, *SQ – Spiritual Intelligence...*, 15-16.

7 Zohar – Marshall, *SQ – Spiritual Intelligence...*, 225.

8 Coles, *The Spiritual Life of Children*.

las que están las preguntas sobre Dios. Estas preguntas en las que los niños y niñas se plantean cuestiones filosóficas y teológicas no dependen de su capacidad intelectual, edad, sexo, experiencia o cultura, sino que forma parte de su curiosidad y deseo de integrarse en la realidad que perciben diversa, inabarcable y fascinante.

Por otro lado, llamaremos, aquí, religiosidad a la expresión personal y colectiva de esa espiritualidad, normalmente confesional y vinculada con más o menos intensidad a una comunidad de una religión determinada, en este caso el cristianismo. Esta expresión se va complejizando conforme aumenta la socialización de las personas y su grado de vinculación en una comunidad religiosa de una confesión religiosa, en la que asumen lenguaje, símbolos (objetos y narrativas), rituales y prácticas (costumbres y moral). Esta expresión es lo que la fenomenología llama “mediaciones” entre el Misterio y la persona⁹. Los niños y niñas tienen su propia forma de vivir la religiosidad pues no la distinguen de la espiritualidad, sino que la comprenden como una misma experiencia, como otras muchas que viven de forma integral. Experimentar la espiritualidad y la religiosidad no depende de lo que podemos explicar con palabras o de cuánto entendamos sobre ella, sino que se expresa en la capacidad de estar y atender conscientemente a la experiencia presente de encuentro con Dios: “la manera en la que Dios está con nosotros y nosotros con Dios”¹⁰.

Por ello, los niños y niñas se interesan por los objetos, las narrativas y las prácticas religiosas y las integran a su manera concreta y holística en su vida cotidiana. Preguntan sobre ello, lo manipulan, experimentan con las oraciones, los objetos religiosos y memorizan las narraciones, pues todo ello resuena en su interior con fuerza y produce en ellos una síntesis propia globalizante. El niño o la niña expresan después esta realidad a su manera, de forma anárquica y espontánea, sin ajustarse a los patrones de la objetividad que creen tener los adultos. Esto no quiere decir que el infante no sea objetivo,

9 J. Martín Velasco, *Introducción a la fenomenología de la Religión*, Trotta, Madrid 2006, 195 y ss.

10 R. Nye, *La espiritualidad del niño*, San Pablo, Madrid 2019, 20.

sino que percibe y expresa la realidad a su manera¹¹. Será posteriormente, en la época de la adolescencia cuando tendrá que reelaborar su experiencia en diálogo con las formas consensuadas de su comunidad confesional o construir su propia identidad espiritual en diálogo con las propuestas que le ofrece su cultura.

Los niños y niñas que participan en la catequesis cristiana tienen la posibilidad de ser acompañados por la comunidad cristiana en el cultivo de su espiritualidad y religiosidad. A lo largo de estas últimas décadas hemos descubierto que no se trata de enseñar ni instruir a los niños y niñas en una serie de verdades que la iglesia católica dicta, sino que se trata de propiciar un clima de libertad y seguridad donde los niños y niñas puedan desplegar y expresar la “huella de Dios”¹² que hay en ellos en diálogo con la tradición y la sabiduría de la comunidad cristiana. Por tanto, vemos que la catequesis de infancia no se trata sólo de una transmisión unidireccional de la comunidad cristiana, a través del catequista, hacia el niño o niña, sino un espacio de encuentro fructífero entre la riqueza que llevamos ya dentro y la sabiduría milenaria de la Iglesia.

2.2. Espiritualidad y religiosidad plena

La segunda idea errónea que está presente con frecuencia entre los adultos es pensar que los niños no tienen capacidades y herramientas suficientes para tener una relación directa y personal plena con Dios. Aunque la espiritualidad desempeña un papel fundamental en la vida de los niños y niñas, ha pasado a lo largo de la historia

11 S. Martínez Cano, «La representación gráfica de lo divino en la infancia: la transmisión de la imagen de Dios», Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2010, 222, <https://docta.ucm.es/entities/publication/3edfb1f6-57c5-4ef4-a10b-40488fe38864>.

12 Esta expresión que utilizan Zohar y Marshall hace referencia a la teoría desarrollada por la neuroteología de que el cerebro tiene actividad intensa en determinadas zonas cuando se está viviendo una experiencia espiritual o religiosa. Zohar – Marshall, SQ – *Spiritual Intelligence*, 91 y ss.

“prácticamente desapercibida en los anales del desarrollo infantil”¹³. Las teorías sobre el desarrollo cognitivo de épocas anteriores habían desestimado la idea de que los niños puedan tener experiencias y capacidades espirituales genuinas. Incluso Piaget, en su teoría del desarrollo cognitivo (1968), defendía que los niños y niñas son incapaces de una reflexión significativa. De igual modo sucedía a lo largo de la historia de la teología y la catequesis, pues se consideraba que los niños eran inmaduros en su desarrollo y carecían del crecimiento intelectual suficiente para manifestar, conceptualizar o teorizar algo que pudiera entenderse como reflexión teológica o espiritual.

Los estudios recientes sobre la espiritualidad infantil nos demuestran que los niños y niñas tienen capacidades y experiencias espirituales, y que estas conforman sus vidas de manera poderosa y duradera¹⁴. Aunque los niños y niñas no siempre puedan verbalizar un momento de asombro o teorizar un concepto religioso, su presencia –su modo de ser y conocer el mundo– puede ser profundamente espiritual. Es importante recordar que “la religión de la infancia puede ser de un orden muy especial”¹⁵. La dificultad del adulto radica en reconocer la expresión religiosa del niño o niña como “conocimiento”, pues lo asocia a un tipo de conocimiento basado únicamente al pensamiento teórico y racional. Sin embargo, el desarrollo espiritual implica “otras formas de conocimiento”, incluido el conocimiento estético, el emocional o el intuitivo. Estos tipos de conocimientos son especialmente acentuados durante la infancia, con ellos experimentan el mundo como “fresco, nuevo y hermoso, lleno de asombro y emoción”¹⁶. Las formas de conocimiento basadas en el asombro, la emoción y la intuición no son racionales ni lógicas (en el sentido clásico de los procesos de cognición) pero son reales y poderosas y son las que dan sustrato a

13 Hart, T., “Spiritual experiences and capacities of children and youth”, en E. C. Rhehlkepartain – P. E. King, L. Wagener – P. L. Benson (eds.), *The Handbook of Spiritual Development in Childhood and Adolescence*, Sage Publications, Thousand Oaks 2005, 163.

14 Véase, por ejemplo, Hart, “Spiritual experiences and capacities of children and youth”, 163-178; T. Hart, *The Secret Spiritual World of the Child*, Harper Collins, Londres 1998; R. Carson, *El sentido del asombro*, Encuentro, Madrid 2012 [1956].

15 G. Allport, *Becoming. Basic Considerations for a Psychology of Personality*, Yale University Press 1955, 101.

16 Carson, *El sentido del asombro*, 42.

las redes de conocimiento que configuran los niños y niñas en su interior¹⁷. Sin ella, el desarrollo cognitivo que se despliega posteriormente en la adolescencia queda mermado en facultades como la adaptación, la creatividad y muy frecuentemente la espiritualidad. Vamos a describir sucintamente cuatro de estas capacidades: el asombro, la pregunta, la relacionalidad profunda y la sabiduría intuitiva.

El asombro es una emoción compleja que aparece ante un amplio abanico de estímulos y experiencias de extraversión, es decir, aquellas que trasladan nuestra atención desde nosotros mismos hacia el exterior, tomando conciencia de que somos parte de algo más grande que nos trasciende¹⁸. El asombro supone reconocer nuestra pequeñez ante la inmensidad del mundo y tomar conciencia en un instante de nuestras capacidades de pensamiento y acción en un entorno extremadamente complejo, que no depende de nosotros para existir, sino que posee una dinámica propia misteriosa, a veces incomprensible e inabarcable¹⁹. Esta sensación nos perturba y nos fascina al mismo tiempo, generando así los efectos de lo que solemos llamar asombro: el tiempo se para, sentimos confort o satisfacción, sentimos miedo y curiosidad al mismo tiempo, lloramos o se nos abre la boca, etc. Se trata de una percepción de extrema intensidad que sobrepasa la estructura mental ordinaria de la persona y rompe con los esquemas que habitualmente nos permiten comprender el mundo y nos obliga a una reacomodación de lo conocido y pensado. Los niños y niñas viven el asombro frecuentemente en la belleza del mundo físico y en los aspectos materiales creados por la propia humanidad. Al asombro asocian experiencias de conexión, alegría, perspicacia y un profundo sentido de admiración y amor. Es aquí, donde reside el fuerte vínculo entre el asombro y el sentido de lo sagrado²⁰.

La pregunta es una forma de comunicación propia de los niños y niñas. No necesitan un conocimiento extenso para ejercer de filóso-

17 Hart, "Spiritual experiences and capacities of children and youth", 169.

18 Allen, *The science of awe*, John Templeton Foundation, Berkeley 2018.

19 D. Quinn, *Iris exiled: A synoptic history of wonder*, University Press of America, Oxford 2002.

20 J. L. Fuentes, "El asombro: una emoción para el acceso a la sabiduría", *Revista Española de Pedagogía* 79/278 (2021) 77-93.

fos naturales y desarrollan sus preguntas basándose en su capacidad libre y creativa de proponer asociaciones inéditas y exentas de condicionantes que para los adultos sería imposible dado el predominio de su mente abstracta. Su capacidad para reflexionar sobre “grandes cuestiones”, como el sentido de la vida, la verdad, la justicia, la paz y la muerte, es algo innato y está integrado en su día a día, en sus juegos y conversaciones. No dan por sentado las afirmaciones que se puedan dar sobre ellas, como hacen los adultos²¹. Al preguntar –o filosofar–, los niños y niñas especulan, adivinan, dudan, deducen y experimentan, usan los conceptos, las intuiciones y las emociones al mismo nivel para esclarecer sus preguntas. Y las respuestas que buscan están relacionadas con su propia identidad, por lo que no se cansan nunca de seguir explorando lo desconocido. Esa exploración es siempre abierta, holística, no analizan todo tanto, sin centrarse en el juicio sobre las cosas o desconfiando de lo dicho. Su interés no es la noética (dar valor y jerarquía/estructura a los nuevos conocimientos)²² sino entrar en el “por qué” de los significados de las acciones y los acontecimientos, terreno que les introduce en la espiritualidad.

La relacionalidad profunda o espiritualidad relacional se puede definir como la relacionalidad que “se vive en la intersección de nuestras vidas, en el encuentro entre tú y yo”²³. A menudo suele comenzar con una experiencia de empatía que deja emerger la comprensión de la fragilidad del otro, e incita a un cuidado de los demás que se expresa en las relaciones humanas, aunque no se limita solo a ellas. Los niños tienden a cuidar también de otros seres vivos, como la planta que necesita ser regada y el pájaro que ha caído del árbol o el insecto al que abre camino entre las hierbas. Ese encuentro, que puede tener como interlocutor a otra persona, a la naturaleza o a Dios, conduce a un sentimiento de respeto y compasión que está presente en la espiritualidad.

Por último, la sabiduría hace referencia a la comprensión de lo que es verdadero y duradero. El adulto tiende a pensar que esa comprensión sólo puede obtenerse tras muchos años de experiencia y, por lo

21 Hart, “Spiritual experiences and capacities of children and youth”, 170.

22 Nye, *La espiritualidad del niño*, 20-21.

23 Hart, “Spiritual experiences and capacities of children and youth”, 172.

tanto, la relaciona con la ancianidad. Sin embargo, la infancia, con sus formas propias de acceso al conocimiento y su transparencia en lo observado y verbalizado desarrollan expresiones de sabiduría en lo que dicen y hacen, llegando al centro de las cuestiones o reconociendo rápidamente el dolor, la injusticia y la falsedad²⁴. Para que la sabiduría se produzca deben converger dos experiencias. Por un lado, la emergencia de la humildad, entendida como el reconocimiento responsable, honesto y sereno de los propios límites, que equilibra la mirada sobre uno mismo, sin subestimación ni sobreestimación, así como una acogida de las devoluciones de los otros, ya sean críticas y apreciativas, que admiten el valor de la mirada del otro y la posibilidad de admiración y aprendizaje²⁵. La humildad debe converger con la presencia de la gratitud. La gratitud se puede entender como una predisposición en el individuo a situarse fuera de su centro (ego) y reconocer el valor que se encuentra fuera de sí mismo como don. Por tanto, no implica un reconocimiento o una respuesta del receptor. La gratitud facilita la presencia de la amabilidad y el agradecimiento en las relaciones sociales de la vida cotidiana. La persona que es humilde es capaz de asombrarse y de sentir gratitud por lo observado o recibido. Los niños y niñas lo demuestran constantemente, pues se saben limitados y no se sienten “humillados” al reconocerlo y dar las gracias por recibir ese conocimiento.

Lo mejor que podemos hacer es preservar esta capacidad innata en los procesos catequéticos que animan su descubrimiento de la fe en Dios y reaprender de ellos como nos propone Jesús: “Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe.” (Mt 18, 3-5). La manera de tratar y fomentar en la catequesis la espiritualidad de los niños y niñas debe centrarse en reconocer y apoyar la forma en la que Dios está con ellos y ellas y la forma en la que ellos y ellas están con Dios.

24 Hart, “Spiritual experiences and capacities of children and youth”, 176.

25 Fuentes, *El asombro*, 83.

2.3. Abordajes de lo espiritual-religioso en la infancia

Para abordar epistemológica y metodológicamente lo religioso en la infancia, debemos tener en cuenta una serie de consideraciones. La primera es que hay que entender que los niños y niñas se sienten cómodos con el poder de lo inefable y al que acceden desde las formas descritas de conocer a Dios²⁶. Al percibir de otra manera, se abren a la complejidad de lo que les rodea y son capaces de escuchar “el latido de la vida”²⁷ y de Dios en ella. Sin embargo, el carácter repentino de sus experiencias hace que tengamos que extremar el especial cuidado a la hora de respetar ritmos, descubrimientos y diálogos.

La segunda consideración es que la espiritualidad-religiosidad infantil no puede pautarse en un momento determinado o cuando el adulto estima que es oportuno. Se produce de forma espontánea y fluctuante. Maslow (1991) señalaba que, debido al carácter repentino de las experiencias de asombro, de preguntarse y de establecer relaciones donde participa la sabiduría, no es fácil identificar cuándo pueden suceder²⁸. El adulto puede facilitar un clima en la catequesis que propicie momentos especiales de iluminación en el que los niños y niñas se sientan cerca y queridos por Dios. Puede darse a través de conversaciones inesperadas, preguntas, juegos, gestos, experiencias, etc. Estos momentos pueden darse de manera intensa o indiferente, sin seguir una progresión continua que podamos controlar.

La tercera consideración es que se experimenta de forma holística, sin compartimentación, entrando y saliendo de la experiencia y haciendo uso de lo que conoce en general, no solo de lo religioso. A menudo no utilizan el vocabulario de los adultos, sino que hacen un uso de este libre y experimental, sin ceñirse a normas. A veces el vocabulario puede parecer a ojos del catequista un galimatías falto de coherencia. El esfuerzo del adulto no debe centrarse en corregir ese lenguaje sino en escuchar y en comprender lo que está siendo expresado y no imponer un lenguaje no significativo para el niño o la niña.

26 Nye, *La espiritualidad del niño*, 20-21.

27 Carson, *El sentido del asombro*, 38.

28 A. Maslow, *Religiones, valores y experiencias cumbre*. Ediciones La Llave, Barcelona 2013 [1964].

La cuarta consideración es que la forma de la espiritualidad-religiosidad de la infancia es principalmente relacional y egocéntrica. Toda experiencia la refiere a sí mismo y a sus necesidades afectivas y tendenciales. Para los niños y niñas Dios se muestra como un protector de su vida. En este contexto las reglas de conciencia o la moral juegan un papel fundamental, casi mágico, que interviene en la relación con Dios, más por regularidad del “juego con Dios” que por obligación, como reconocimiento de su autoridad y cuidado.

Por último, es importante hacer notar que la espiritualidad-religiosidad de la infancia es simbólica y ritualista: pone en juego la fantasía y recrea las figuras religiosas de un modo claramente antropomórfico y concreto. Atribuye cualidades humanas a todo lo que le rodea, en diálogo consigo mismo. Dios comparte con el ser humano rasgos humanos y gestos rituales que establecen un lenguaje de comunicación, organizan y movilizan la vida y dan eficacia a las acciones y los cambios que se producen en la vida de los niños y niñas.

3. Un proceso evolutivo de encuentro con Dios

Una vez hechas estas consideraciones describiremos algunas características propias de los distintos momentos de la infancia que son significativos para diseñar una catequesis que cubra las necesidades de cada etapa²⁹. Normalmente distinguimos entre tres periodos evolutivos³⁰. El primero suele estar vinculado a la *crianza*, en el periodo entre los 0 y los 2 años. En este periodo la familia tiene un papel fundamental ya que los dos primeros años de vida marcan vitalmente los estadios más básicos del desarrollo personal. En lo religioso podemos decir que influye en cuanto a actitudes y contacto con el otro (madre, padre o adulto cuidador). Más allá del debate sobre el

29 Nos guiaremos por los estudios de Antoine Vergote, Antonio Ávila y Silvia Martínez Cano. Véase A. Vergote, *Psicología religiosa*, Taurus, Madrid 1969, 3ª ed.; A. Ávila, *Para comprender la Psicología religiosa*, Verbo Divino, Estella 2003; S. Martínez Cano, *La representación gráfica de lo divino en la infancia: la transmisión de la imagen de Dios*. Tesis doctoral (UCM) 2010; S. Martínez Cano, *¡Dibujamos a Dios! Experiencia religiosa y transmisión de la fe*, FERE-CECA, Madrid 2013.

30 Las edades de estos periodos son orientativas, pues quedan afectadas por factores ambientales como puede ser el contexto familiar, el género, la geografía, el contexto rural o urbano, la clase social o la cultura o interculturalidad en la que vive.

factor genético de la religiosidad³¹, que puede predisponer al bebé a una experiencia religiosa posterior, sabemos que las experiencias básicas de relación y cuidado influyen en el desarrollo de la coordinación motora, en la inteligencia sensomotriz y en la comprensión del otro como realidad (a partir de los 9 meses). Si para la infancia la vida se percibe íntegramente, entonces la construcción personal en este periodo incluye el aspecto religioso en amplio sentido a partir del vínculo con los primeros símbolos y experiencias gratificantes.

Una vez alcanzada la autonomía comunicativa y motórica³², podemos hablar de la infancia en dos periodos. El periodo de la *primera infancia*, también llamado “despertar de la fe”, que abarca entre los 2 y los 6 años. Esta etapa inicia cuando el niño o la niña comienza a distinguir la figura de Jesús y de Dios Abba, así como elementos simbólicos básicos del lenguaje cristiano, como la luz, el agua o la cruz.

De los 2-3 años está marcada por el desarrollo de la autonomía personal, especialmente psicomotor y del lenguaje. Hay, por tanto, un mayor desarrollo socio-afectivo, donde se reconocen los roles de otras personas en la familia y en el entorno más cercano. Su interés por lo que les rodea y el desarrollo de su capacidad imaginativa e imitativa favorece que comiencen a relacionar el mundo de lo real y de lo irreal a través del lenguaje simbólico. En este momento, su percepción de la cercanía de Dios puede ser clara y real, así como la conciencia paulatina de poder establecer de forma autónoma una relación con Dios. Aquí surgen sus primeras conductas religiosas. Son acciones aprendidas de memoria, pero que constituirán la base del proceso de acercamiento a la experiencia personal y grupal de Dios. Los símbolos, aunque no del todo entendibles (la cruz, la vela, el agua del bautismo...), comienzan a cobrar vida dentro del mundo mágico infantil donde producen efectos que le benefician.

31 Véase, por ejemplo, los estudios de Carl Jung, David Elkind: Carl G. Jung, *Psicología y religión*, Paidós, Barcelona 1991; D. Elkind, “The child’s conception of his religious identity”, *Lumen Vitae* 19 (1964) 635-646; D. Elkind, “The origins of religion in the child” *Review of Religious Research* 12 (1970) 35-42.

32 Los psicólogos y pedagogos ponen la frontera de la autonomía en la adquisición del lenguaje y la adquisición de una movilidad física, ambas alcanzado en torno a los dos años.

Entre los 4 y los 6 años, los niños y niñas adquieren un lenguaje concreto, desarrollan el gusto por las narraciones, los cuentos y las historias fantásticas, por lo que las parábolas y las historias sobre Jesús se convierten en objeto de interés. Esto les permite acceder, a través de su inteligencia representacional, a la construcción de relaciones entre su yo y el adulto, incluido Jesús, Dios, y la Virgen, pues todavía lo real y lo irreal conviven en cierta manera en un mismo universo. Además, visualizan con más expresividad imágenes de Dios y de otras realidades trascendentes a través de representaciones concretas a la vez que lo rodean de aspectos mágicos. Reconocen a Dios como entidad individual y le asocian sentimientos o actividades específicas a Dios que no pueden ser atribuidas ya a los padres o madres. Verbalizan sentimientos religiosos y los enriquecen con gestos, símbolos y ritos por imitación o si alguien se los enseña. Es un tiempo privilegiado para profundizar en los relatos, milagros y escenas míticas de la Historia Sagrada, pues, aunque no entienda sus contenidos claramente, la narrativa bíblica capta su atención sobre los personajes individuales y su relación con Dios.

Podemos distinguir un segundo periodo, el de la *segunda infancia*, que coincide con la tradicional catequesis de la infancia centrada en los sacramentos de iniciación. Normalmente abarca entre los 7 y los 11 o 12 años, aunque la edad límite dependerá de la entrada en la pubertad del niño o la niña. Los niños y niñas comienzan a organizar y valorar los atributos divinos, construyendo un concepto de Dios a partir de lo recibido en los distintos ambientes en que se mueve: en casa, en la escuela, en la calle, etc. Lo ordenan en categorías desde lo objetivo (grandeza, omnisciencia, omnipresencia...), subjetivo (bondad, justicia...) y afectivo (fuerza, belleza...). Son más autónomos en sus ideas y su apertura a los demás, y esto inicia un proceso de desmitificación de sus figuras adultas que culminará en la adolescencia. En este momento Dios es una figura fascinante y misteriosa, de la que valoran su belleza y su bondad a través de la creación, y así lo expresan en forma de alabanza, gratitud y petición.

En este periodo la curiosidad aumenta como motor de conocimiento y germen de experiencias de asombro y son capaces de investigar sobre Dios con independencia. En este momento, la representación

antropomorfa de Dios se percibe como insuficiente y se va orientando poco a poco hacia lo simbólico. En esta edad la disociación de Dios del modelo humano es patente, expresándolo como un universo dividido entre el ámbito de Dios y el ámbito humano (Dios está en el cielo, con los ángeles y/o los santos y el ser humano en tierra con la naturaleza y los animales). La idea de Dios creador se refuerza a la vez que la figura de Jesús adquiere entidad, porque le resulta más comprensible y cercano. La vida de Jesús, sus amistades y afectividades se experimentan de forma gozosa y se sienten atraído por los rituales, la actividad litúrgica, a través de lo celebrativo, la música y la expresión corporal.

A partir de la pubertad, se inicia una etapa marcada por la duda y la toma de postura que se resolverá en la adolescencia tardía y juventud. Las características y los procesos de las etapas de la infancia son diferentes, por lo que las metodologías catequéticas también lo deben ser. No deben extrapolarse las dinámicas de los adultos en la infancia, ni tampoco los métodos escolares en un contexto de transmisión de la fe.

4. Pedagogías y metodologías

Teniendo en cuenta este análisis de la infancia, la catequesis de la infancia debe orientarse hacia el crecimiento integral de la persona, teniendo en cuenta los aspectos esenciales de su desarrollo en cada edad. La catequesis se debe desarrollar como un proceso de crecimiento como “una iniciación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana” (CT 18; cf. CCE 5). Por ello debemos pensar en procesos que contengan experiencias que vayan dando sentido a lo que se va recorriendo. Los procesos deben armonizar los contenidos, los contextos y las metodologías. Veamos brevemente cada uno de estos ámbitos.

4.1. Contenidos: testimonial, experiencial, doctrinal

Los contenidos integrales de la catequesis de la infancia son la consecuencia de una rica tradición que la Iglesia ofrece a sus pequeños miembros. Se pueden agrupar en tres grupos: los de carácter testimonial, los de carácter experiencial y los de carácter doctrinal.

El contenido testimonial hace referencia a la relación del niño o la niña con sus figuras de referencia, especialmente con los adultos de su familia y con su catequista, como forma de relacionar testimonio con experiencia de fe. La acogida e imitación del testimonio de fe es el primer aprendizaje del infante en su incipiente experiencia de fe y su vida comunitaria. En ese testimonio encuentran las claves para comprender y dar rostro al Dios bondadoso y a iniciar una amistad con Jesús como primer paso del seguimiento cristiano. Asimismo, favorece la relación con el Espíritu que anima a los niños y niñas, a sus familias y a los propios catequistas a mantenerse en comunión con Dios y con su Iglesia.

El contenido experiencial consiste en la relación entre la fe y la vida que los catequistas procuran establecer en la actividad catequética para que sean aprendizajes significativos en el crecimiento interior del niño o niña. Tales experiencias pueden ser corporales (ver y oír, mirar y contemplar, escuchar), sensibles (acoger la palabra de Dios, hacerse sensible a lo gratuito), narrativas (desarrollo de la imaginación, visualización de personajes, historias, conceptos, sentimientos), apreciativas (reconocimiento de símbolos, gestos, tiempos, ideas), reflexiva (sentir, reflexionar, valorar, actuar), afectivas (sentirse queridos, acogidos y perdonados por Dios y, por ello, agradecidos), celebrativas (aprender a leer la Palabra, a orar, a celebrar) y de pertenencia (sentirse reconocido por y pertenecer a la comunidad cristiana como miembro activo y valioso).

El contenido doctrinal hace referencia a las verdades del Símbolo de la fe, que con ideas sencillas son transmitidas por el catequista para dialogar con las experiencias y el testimonio de la comunidad cristiana. Aunque los niños y niñas tengan un pensamiento concreto, pueden relacionar conceptos y experiencias, y preguntarse a su manera sobre Dios, el bien y el mal y su entorno y el sentido de la vida (DGC 236). De nuevo, lo corporal, lo narrativo y lo estético (a través de lo sensible y de las artes) es la manera de favorecer la significación y elaboración interna de esos pensamientos y experiencias.

4.2. Contextos: relaciones, espacios, tiempos

Como hemos visto en el desarrollo evolutivo religioso de la infancia el contexto es fundamental para un desarrollo satisfactorio de las experiencias espirituales. En él vamos a destacar tres aspectos que afectan a la forma de vivenciar las experiencias al recibir los contenidos catequéticos: las relaciones, los espacios y los tiempos.

Sobre las relaciones es preciso decir que los niños y niñas necesitan ser escuchados en sus dudas, discursos dispersos y propuestas imaginativas, pues como hemos dicho, es su forma de experimentar y expresar lo espiritual en su vida. Por eso el catequista debe propiciar ambientes donde se produzcan conversaciones espontáneas, y donde haya sitio para las preguntas “incómodas” (el nacimiento, el amor o el sexo...) y “difíciles” (la muerte, el mal o lo sagrado...). El objetivo no es aportar una respuesta exacta, sino escuchar con generosidad las articulaciones vacilantes o las ideas no convencionales de los niños y niñas. Esto solo es posible en un clima de intimidad y seguridad en la conversación, evitando juicios, acogiendo sus emociones (como la indiferencia, la duda, la alegría, la indignación, etc.), introduciendo en las relaciones el humor, los silencios y, a veces, la subversión, para que puedan examinar y expresar con sencillez y honestidad lo que les hace maravillarse.

Con demasiada frecuencia la agencia de los adultos, que se impone en los diálogos con los niños y niñas, dificulta la expresión religiosa infantil. En catequesis dedicamos demasiado tiempo al control y la exigencia y poco a la escucha y a facilitar las relaciones. La experiencia espiritual-religiosa de los niños y niñas, según María Montessori³³, prospera cuando el catequista reconoce la condición de igualdad espiritual de la infancia con respecto a la del adulto, y lo demuestra siendo humilde en el uso de su poder y experiencia y acogiendo lo que puede, como Jesús, aprender de los niños y niñas.

33 Cf. M. Montessori, *Dios y el niño y otros escritos inéditos*, Herder, Barcelona 2016 [1939], 67.

En cuanto a los espacios, los niños y niñas tienen una comprensión y uso del espacio diferente. Atendiendo a los sentidos del cuerpo, la percepción y uso del espacio afecta a la experiencia espiritual-religiosa. Al referimos al espacio, podemos pensarlo de diferentes formas. Hay un espacio físico, tridimensional y ambiental, en el que los niños y niñas se mueven y en el que pueden encontrar lugares para su expresión espiritual (el armario, los árboles, un columpio, la caja de sus cosas especiales...), todo ello puede convertirse en “tierra santa”, no solo la capilla o la iglesia de los adultos. El catequista debe ser respetuoso con estos espacios, y evitar invadirlos, descartarlos o enjuiciarlos. Al mismo tiempo debe cuidar y preparar conformable y familiarmente los espacios donde se recibe a los niños y niñas en la catequesis (iglesia, salas parroquiales, etc.) con cojines, alfombras, imágenes y otros recursos que ofrezcan climas de seguridad y libertad.

Por otro lado, existe un espacio visual, vinculado a la cultura visual, digital y artística que los niños y niñas “leen” con facilidad y en el que “ven” la presencia de Dios. A veces es un espacio caótico lleno de imágenes, sobreestimulante y con frecuentes cambios, y dificulta una lectura satisfactoria del Dios cercano de Jesús. El catequista deberá elegir con cuidado el universo de imágenes que ofrece a los catecúmenos, para que la imagen se corresponda con las palabras y con los testimonios que también les ofrecemos sobre Dios y la Iglesia.

También existe un espacio auditivo, en el que la infancia tiene más habilidad para pasar del ruido al silencio. Observar en cada momento qué nivel de ruido o silencio necesitan es favorecer la escucha en el silencio y disfrutar de ella, al tiempo que no se coarta la creatividad infantil del propio ruido que estará presente en las relaciones entre catequista y catecúmenos. El silencio a veces se consigue hablando menos y que el adulto pierda el miedo al silencio “incómodo”. A los niños y niñas no les incomoda estos tiempos de silencio.

Por último, con respecto al tiempo de la infancia, en la espiritualidad-religiosidad infantil el proceso y el resultado se dan al mismo tiempo, por lo que empeñarse en obtener un resultado final en las sesiones de catequesis, cortando o acelerando el tiempo, deteriora la elaboración de las experiencias y por tanto la posibilidad de que

sean satisfactorias. El ritmo del procesamiento espiritual, por tanto, es importante, no se puede forzar. El catequista ayuda cuando está atento y propicia los tiempos que cada niño o niña necesita para asombrarse, tener pensamientos y sentimientos nuevos o experimentar con palabras y gestos.

4.3. Metodologías: narración, imaginación, juego

Por último, si la espiritualidad-religiosidad de la infancia opera a menudo a un nivel no verbal (en el arte, el juego, el movimiento y a través de lo sensorial), entonces, en la pedagogía catequética debe privilegiarse tres metodologías: la narratividad, la imaginación y el juego.

La narratividad respeta la forma en la que el infante se relaciona con el mensaje y, a la vez, se aprovecha su capacidad imaginativa que dará contexto a esa narración y la ubicará en el lugar adecuado de su experiencia. El catequista tiene a su favor el lenguaje narrativo de la biblia y la propia pedagogía de Jesús, que conecta directamente con el lenguaje simbólico y material de la infancia a través de metáforas, comparaciones, objetos, etc.

La imaginación es una habilidad espiritual que nos invita a abrirnos y ser creativos como lo son los niños y niñas. La imaginación es la facultad humana para crear imágenes, tanto tangibles como abstractas. Con ella los niños y niñas se “aventuran” a lo desconocido, estableciendo relaciones entre lo conocido y lo desconocido. La imaginación rompe con lo convencional y explora mundos alternativos cuestionando la realidad. Ir más allá de las narraciones bíblicas, imaginarse a los personajes, dialogar con los santos, crear nuevas imágenes de Dios, es una forma de cultivar la espiritualidad de la infancia y de los futuros adultos.

La narración y la imaginación están directamente relacionadas con el juego. El juego y otras actividades simbólicas son especialmente adecuadas para el desarrollo del acto catequético, pues pone en relación tiempo, espacio, proceso y acontecimiento. De esta manera, lo vivido podrá ser interpretado en el presente y se guardará como “experiencia memorable” para momentos catequéticos del futuro

que planteen de nuevo interrogantes, quizá con otros lenguajes y con otros procesos experienciales. La espiritualidad aparece en el juego libre, en su expresión artística o en sus reacciones físicas, tanto cuando están profundamente calmados o silenciosos, como cuando están alegres, excitados, cantan o bailan. El juego es el “lenguaje nativo” de la infancia, un lenguaje que los adultos pueden redescubrir como un espacio de experiencia no verbal de su fe o como expresiones sensibles de religiosidad imaginativa, creativa y propositiva.

5. Conclusiones

La catequesis de la infancia se comprende hoy dentro de un marco más amplio de la transmisión de la fe. Debemos seguir profundizando en la espiritualidad-religiosidad de los niños y niñas para adecuar la catequesis a los procesos evolutivos que la infancia vive. La reflexión catequética va abandonando progresivamente la idea de que la infancia tiene una experiencia de Dios inmadura o limitada y va desarrollando metodologías que tienen en cuenta los procesos de conocimiento intuitivo infantil: el asombro, la pregunta, la relationalidad profunda y la sabiduría. Estas formas de conocimiento de Dios están presentes de forma distinta en la crianza y en la primera y segunda infancia, por lo que la catequesis debe adaptar sus contenidos, sus contextos y sus metodologías a estas etapas evolutivas.

La infancia no es solo un momento de la vida de especial riqueza espiritual, sino que puede ser entendida por los adultos como un lugar teológico donde observar y redescubrir el conocimiento de Dios desde otros accesos olvidados. Jesús se identificó con los niños (Mc 9, 37), y ellos fueron su condición para que los adultos entraran en el proyecto del Reino (Mt 18, 3), por lo que recuperar no solo la mirada de la infancia, sino sus formas, lenguajes y metodologías de “estar” con Dios, puede ayudarnos a renovar nuestra fe.

Para ello, el primer paso es reconocer el valor de la espiritualidad-religiosidad infantil, comprenderla, confiar en ella y aprender a cuidarla. El segundo paso puede ser atrevernos como agentes de pastoral a aplicar nuevos enfoques catequéticos y abandonar modelos catequéticos excesivamente centrados en adoctrinar o corregir a la

infancia en sus ideas, sentimientos y juegos. La “huella de Dios” está en la infancia, a su manera, desde su intuición, sus palabras y sus experimentaciones. Hablemos menos, escuchemos más, dejémonos sorprender más en el tiempo de juego con Dios, acompañados de los niños y niñas.